

USOS, COSTUMBRES Y PAISAJE MURCIANOS EN «NIÑO Y GRANDE» DE GABRIEL MIRO

A pesar de que el relato ocurre casi todo entre La Mancha, el puerto frente a Palma (sueño dorado de un amor infantil) y el pueblo de Alfaz, las continuas alusiones a Murcia y a la huerta esmaltan toda la historia.

Al empezar el primer capítulo, en la segunda línea, para hablar de su ascendencia manchega y murciana leemos... "Muy joven (el padre) pasó a la comarca de Murcia, y allí prendóse de la mujer que había de ser mi madre, que era de casa rancia y empobrecida..." (pág. 433) (1).

Hasta el nombre de Antón, (Iglesia y barrio de San Antón) es característico de Murcia... (pág. 433).

Como lo es el habitat de la abuela, "una casita azul rodeada de huerto, cerca del río..." (pág. 433).

Y no digamos su muerte que, fue bien huertana "...y una noche el buen río se hinchó y arrebató árboles, gallinas, cabras, barracas, la casita azul con mi abuelo en su seno, y le dio ignorada sepultura..." (pág. 433).

Cuando el caudal del río baja el nieto llora amargamente ... "ya menguado y dócil el Segura, fui a su ribera y lloré y maldije sus aguas..." (pág. 434).

Oigamos la descripción acertada de la vivienda acomodada: "Nuestra casa era grande y blanca; el campo, de llanura apretada de frutales, de cáñamos, de mieses. Las acequias de quijeros muy espesos de hierbas y de agua

(1) La paginación corresponde a *Obras Completas* de Gabriel Miró, 5.^a edic. Biblioteca Nueva, Madrid, 1969.



limpia, trémula, peinada por las matas caedizas, parecían sendas estremecidas, resplandecientes y vivas..." (pág. 434).

Todos los frutales son recordados: "Separaban los tablares de hortal, liños de moreras anchas y jugosas; y los setos, que guardaban los generosos naranjos, eran de aromos..." (pág. 434).

Ahora le toca al establo: "Delante subía una parra vieja y sobre el techo, de "mantos" de leños y henestrosa, bajaba, amparándola, el follaje de dos olmos, asilo de pájaros y cigarras y protección y sombra del tinado o pesebre, donde rozaban las vacas, que se volvían a mirarnos al zagal del labrador y a mí, y cuando jugábamos con la becerra; y ella nos topaba, nos derribaba y lamía..." (pág. 434).

No puede faltar la barraca: "Al lado de los corrales, seguía la barraca de la familia labradora, con su cruz de ciprés bendito, el hasrial siempre encalado, y en rudo enjalbiego caían apretadamente las lenguas llameantes de los pimientos y los dorados racimos de las mazorcas..." (pág. 434).

La adjetivación es justa, apretada, precisa: "Llameante pimiento, dorada mazorca..."

No puede faltar el homenaje a la sencilla madre huertana que ... "nos avisaba los peligros, mientras le daba teta a una criatura..." (pág. 434).

Poco más adelante el vestuario de la pareja acomodada ... "Las mañanas de fiesta, mi madre, que siempre vestía de luto, quitábase el delantal y tocaba su rubia cabeza con mantilla fina y arcaica..." (pág. 434).

Por lo que respecta al padre: "poníase camisa planchada sin lustre, aunque no se mudase las ropas de pana..." (pág. 434).

Es tal la influencia de las ropas sobre el niño que ... "si no traía mi padre esa rígida camisa... no me parecía que verdaderamente fuese domingo..." (pág. 435).

El labrador también se viste traje para las fiestas: "su traje de paño gordo y negro y las esparteñas nuevas..." (pág. 435).

En el paseo, los escolares se dirigen a ... "la vía del tren, la carretera del Alto de las Atalayas a Murcia..." (pág. 438).

Como de pasada nos enteramos de la enfermedad paterna, que le llevó a la tumba, y que no puede ser otra que la siguiente: "estaba mi padre enfermo de tercianas, que en aquellas huertas abundan por la podredumbre de las pozas del cáñamo..." (pág. 444).

Así ve la campiña y el caserío murciano: "Vi los estampados tapices de las huertas desplegándose hasta mi casa, y el río azul y vaporoso que se torcía entre árboles tiernos, y el cielo muy pálido que bajaba en los horizontes,



amparándonos con una inmensa cúpula de cristal y sentí que me anegaba en el reposo y pureza del crepúsculo... Apareció el lucero..." (pág. 445).

El paisaje se contagia del dolor y melancolía de Antón: "El río, la vega, los árboles y el cielo, todo estaba velado por la tristeza de mi padre muerto, como una tarde de Viernes Santo..." (pág. 446).

Desgraciadamente llega el momento de la despedida: "Una noche la pasó toda llorando mi madre. A la siguiente mañana firmó dos escrituras, vendiendo la heredad a mi padrino y por la tarde abandonamos para siempre la apacible vega de Murcia..." (pág. 447).

Cualquier momento es bueno para recordar: "Conversamos de los campos de Murcia..." (pág. 453).

Y el abandono de la tierra querida, un hito para el recuerdo: "Yo no había pensado en mi padrino desde que salimos de nuestra hacienda murciana..." (pág. 461).

Y al contacto con la persona amiga surge pujante la tierra que le vio nacer: "Toda mi infancia, la familia labradora de la barraca, la becerra, los árboles del río, la huerta murciana, me rodeaban..." (pág. 462).

A fuerza de trabajar en la huerta: "Mis manos olían a calderilla, a ganado, a muestras de cáñamo..." (pág. 462).

La riqueza murciana que está a punto de perderse: "La temporada de los gusanos de seda se nos entró un caudal en la casa..." (pág. 463).

Poco les queda de la venta avarienta de la propiedad: "y os dí doce mil duros por la huerta, la casa, los ganados..." (pág. 463).

Pero como la tierra es fértil y bendita: "Doce mil duros que a los dos meses había yo recogido de la fruta pendiente de vuestros naranjos y del cáñamo, todavía en el bancal..." (pág. 463).

La feracidad de la huerta: "Aquella rica comarca, que produce tres y cuatro cosechas al año..." (pág. 464).

Siempre el recuerdo latente de la tierra con cualquier motivo: "Y no te suelto aunque me apartes a patadas, como al médico de la huerta..." (pág. 465).

Cómo se disponían los dulces para la Pascua: "Una noche, la víspera de los Santos Reyes, yo no quería acostarme. Me contaban las criadas la llegada de los buenos Magos mientras partían nueces y almendras, y desgranaban y tostaban maíz, y preparaban harina y fundían miel para hacer nuégados y pestiños..." (pág. 435).

Encontramos el adverbio "despacio" equivalente a "en voz baja", usual



en Murcia: "Hablaban atronadoramente. Me dijeron que mis padres le contestaban despacio, para que él lo imitase..."

La ruda pero eficaz medicina: "Y en tanto, el médico fue a la barraca de los labradores, y de la vid cortó una rama larga y tierno..."

Un regalo que se agradece en la huerta: "Entró Jesús, presentándose dentro de una hoja ancha y lustrosa de morera un gusano de seda..." (pág 437).

No puede olvidar los dulces años pasados en la huerta: "En mis siete años de vida cortesana, pasé frecuentemente por el portal de la fonda; me asomaba; y mi alma veía la silueta de mi padre rodeado de mercaderes ingleses que hablaban de cosechas y precios de la naranja..." (pág. 462).

No falta el detalle de la vieja usurera: "Prestaba dineros a toda la huerta, y no apuntaba ni un número ni un nombre; corría todos los caminos y sendas apremiando a los vecinos..." (pág. 462).

